



Las voces de los inquisidores se han alzado de nuevo tras la aparición de los cadáveres de Angel Rubiera y de Vicente en una bañera de un piso de Aluche, deseando demostrar que los homosexuales siempre mueren de mala manera. En la foto: Portal de la vivienda de la calle de Escalona, en Aluche, donde se encontraron los dos cuerpos sin vida.

## INJURIAS PARA DOS MUERTOS

GONZALO GOICOECHEA

**I**NTRODUJO la llave en la cerradura. Intentó abrir, pero se dio cuenta que el cerrojo estaba echado por dentro. Al día siguiente, preocupada, llamó al dueño del piso —se lo había alquilado hacía cinco meses—, quien decidió esperar veinticuatro horas. El lunes 19, sobre las tres de la tarde, el dueño decidió entrar en la vivienda. Tuvo que hacerlo por la ventana del lavadero, junto a la escalera. Hacía calor dentro del piso; un fuerte hedor impregnaba el ambiente. Un perro ladró receloso; luego le condujo hasta los cadáveres. Estaban en el baño. El cuerpo de Vicente había entrado ya en descomposición, porque el agua acelera la putrefacción; el de Angel, fuera de la bañera, de rodillas y los brazos extendidos hacía el muchacho como si en un último momento hubiera intentado auxiliarle, se conservaba mejor. El corto camino entre el salón y el baño estaba jalonado de defecaciones que aumentaban el mal olor.

Ocurría todo en la barriada madrileña de Aluche, en la zona Sur, saliendo hacia Extremadura, a la izquierda. El cadáver de más edad fue inmediatamente identificado. Se trataba de Angel Rubiera González, de treinta y cuatro años. A los dos días la

Policía comunicó que el fallecido más joven era Vicente Osa Reguero, de diecisiete años.

Los cuerpos, envueltos en mantas, fueron trasladados al depósito. En los primeros días ningún familiar reclamó el cadáver de Angel. La Policía, mientras tanto, interrogaba a amigos o conocidos suyos.

### Murmuraciones

Angel Rubiera González era homosexual. Hace unos cuatro años estuvo en la cárcel dieciocho meses por escándalo público en aplicación de la Ley de Peligrosidad Social (la misma que reforman, pero mantienen en su esencia, los que mandan). Este gusto suyo hacía los seres de su mismo sexo fue hecho público de inmediato, no como un dato más (si el muerto es heterosexual jamás se dice), sino como un estigma que hace más comprensible y hasta lógico el acabar mal, la muerte extraña cuando no el asesinato. Los vecinos y bastantes periódicos diarios lanzaron desde el primer momento sus hipótesis injuriosas, sus afirmaciones obscenas. Y aunque, en principio, ser o no homosexual carezca de importancia, insultaban también a Vicente, a quien, de rebote, consi-

deraban del mismo percal que su amigo y, por lo tanto, señalaban su posible especificidad erótica con la misma carga insultante, con el mismo desprecio escandalizado.

"Yo los solía ver cuando iban a comprar el pan; sí, a los dos", aseguraba, ofendida, una señora mayor de ojos acuosos. Y añadía después, como si no dijera nada especial, como si se limitara a señalar lo evidente: "Claro, que a saber qué hacían con el pan".

La verdad es que ninguno de los dos hombres vivía en el piso de la calle Escalona. Angel tenía una buhardilla, una miserable buhardilla, en la zona de Tirso de Molina. Vicente no vivía en Madrid y, aunque sus padres reclamaron el cadáver, no tenía domicilio fijo. Estaba más acertado el señor del bar de los bajos del edificio: "Yo a ellos no los había visto nunca; a la chica, sí, pero a ellos nunca". El piso lo tenía alquilado V., una chica que trabajaba en un club, en una barra americana. V. tiene un hijo pequeño. Angel, a cambio de algo de dinero, se lo solía cuidar. Al parecer, hacía unas semanas que el niño estaba con sus abuelos maternos. Angel, sin embargo, tenía, como otros amigos de V., llave del piso.

"Sí, no hay derecho; mire us-

ted: encontraron en el piso una aguja así de grande". La señora de ojos acuosos encontraba que la aguja era tan grande como la patilla plateada de sus gafas para vista cansada. Es posible que a la señora le hubieran contado lo de la aguja. Es posible que ella misma se lo imaginara inducida a ello por las informaciones de algunos periódicos que daban por seguro la muerte a consecuencia de drogas fuertes. Homosexualidad, muerte y drogas formaban el trío fatídico y conformaban un suceso que, una vez más, hacía buena la tradicional y cristiana aseveración de "quien mal anda, mal acaba".

Pero no se limitaron a eso. El piso fue convertido en un lupanar, en un lugar de orgías continuas al que gente de mal vivir —según los vecinos— iban a satisfacer sus desviaciones sexuales —según un cronista católico de sucesos—. Por supuesto, los dos hombres habrían fallecido como consecuencia de una orgía de drogas, alcohol y sexo.

La Policía, por su parte, informaba que Angel tenía antecedentes por consumo y tráfico de estupefacientes. TRIUNFO, sin embargo, ha podido saber que jamás tomaba drogas fuertes y tan sólo esporádicamente se fumaba algún que otro porro. Para los que lo conocían resulta absolutamente imposible que hubiera traficado nunca.

### Historia de Angel Rubiera

Apenas se conocen datos sobre Vicente. La Policía se limitó a informar de su identidad. No tenía antecedentes de ningún tipo. No parece que conociera a Angel desde hacía mucho tiempo. De todas formas, cualquier afirmación en este sentido resulta apresurada. Sólo se pueden aventurar supuestos, hipótesis. ¿Era un amigo como otro cualquiera o era un ligue? En el segundo supuesto, ¿era un muchacho normal que se acostaba con hombres o era un chulo, un prostituto que, como casi todos ellos, necesitaba la coartada del dinero para poder satisfacer sus deseos homofílicos?

En los últimos tiempos Angel vivía una aventura amorosa llena de baches y miserias y no parece que mantuviera otras relaciones fuera de ella. La personalidad de Vicente, fuera cual fuera la razón de su amistad, queda empujada ante la de Angel.

Tenía treinta y cuatro años y no era sastre, como afirmaron

## EN EL NUMERO DE MARZO DE TIEMPO de HISTORIA

**María Ruipérez**

**FEDERICA  
MONTSENY:  
CULTURA  
Y ANARQUIA**

Una entrevista con la ministro de Sanidad de la República, en la que los acontecimientos de estos últimos tres años y los sucesos que han jalonado la vida apasionante y apasionada de Federica Montseny, a lo largo de los últimos cuarenta años, cobran especial relieve a través de su idealismo nunca desmentido y de sus reflexiones, plenas de vitalidad y apasionado amor a España. (En la fotografía, Federica Montseny en la actualidad.)



**Paloma Fernández-Quintanilla**

**LOS SALONES DE LAS "DAMAS ILUSTRADAS"  
MADRILEÑAS EN EL SIGLO XVIII**

La sociedad española del último tercio del siglo XVIII, en el Madrid, "Villa y Corte", de Carlos IV y María Luisa, que supiera captar genialmente el pincel de Goya, aparece en este trabajo realizada por la belleza y espiritualidad de una condesa-duquesa de Benavente o una duquesa de Alba, que cobijaron en la magnificencia de sus palacios al "ilustrado" pensamiento de Jovellanos, Macanaz, Olavide, Campomanes o Moratín, pioneros de la España contemporánea. (En el grabado, "Fiesta de toros y lanzas en El Pardo".)

## EN EL NUMERO DE MARZO DE TIEMPO de HISTORIA

### INJURIAS PARA DOS MUERTOS

los periódicos. No podía ser sastre, entre otras cosas, porque su brazo y su mano izquierdas estaban en cierta forma inutilizados como consecuencia de una parálisis, polio acaso, que sufrió en su infancia (otros creían que era como consecuencia de un interrogatorio en años pasados, al menos así se lo contó él). A los dieciocho años rompió con su familia y abandonó el hogar paterno un poco porque quiso y otro poco porque le obligaron. Al poco tiempo le llegó la etapa más feliz de su vida, la etapa de la que siempre hablaba con nostalgia, la irrecuperable etapa del lujo por sólo saber estar y comportarse, la etapa mexicana. Durante varios meses vivió en México con todo a su alcance.

Después volvió a España. Durante diez años llevó una vida normal, como la de cualquier homosexual, como la de cualquier heterosexual. Se relacionó con el mundo de los artistas, de los actores, y envidió, amó, suspiró, sufrió, disfrutó, temió y consiguió como tantos otros. Trabajaba frecuentemente en los coros del teatro de la Zarzuela, haciendo de comparsa en las populacheras obras del género. Últimamente parece que había encontrado de nuevo trabajo como figurante para el mismo teatro.

Sobre los treinta años sufrió su aventura más grande, la desgracia que le marcaría hasta el día de su misteriosa muerte: la cárcel. Lo metieron por ser maricón, por salirse de la norma general, de los gustos de la mayoría. Lo tuvieron año y medio. Estaba en Carabanchel. El último día lo montaron en un furgón y se lo llevaron hasta Badajoz. Al llegar al penal era de noche. Le comunicaron que estaba libre, que, hasta la próxima vez que lo cogieran —nunca llegó esta nueva vez, aunque sí el amago, la amenaza—, podía hacer lo que quisiera. Lo que quería Angel era dormir. Como no tenía dinero, de noche, en una ciudad desconocida, pidió que no le dejaran libre hasta que amaneciera. No lo consiguió. Era el año de la muerte del dictador.

Desde que salió de la cárcel se dedicó en cuerpo y alma a los problemas de las prisiones, a la solidaridad con los presos. Trabajó en la Asociación de Familiares y Amigos de Presos y Ex Presos hasta el final. Era relativamente conocido y nunca tuvo inconveniente en que se diera su nombre entero, en salir retratado sin una banda de rotulador negro en los ojos que disimulara su rostro. Cuando el antecesor

de García Valdés fue asesinado, el programa "Hora 25" le llamó para dar su opinión. Cuando el famoso motín de Carabanchel del verano de 1977 participó en un coloquio con otros ex presos y dirigentes de partidos políticos organizado por "Cambio 16". Seguramente era él el que afirmaba: "Estamos solos y en una situación inhumana. Somos una casta aparte".

Estaba siempre mal de dinero, aunque muchos días no gastaba más de veinte duros. Además de cuidar al hijo de V., limpiaba también el despacho de unos abogados. Vivió un largo tiempo pendiente de un amor ausente y, cuando se encontraron, todo se vino abajo.

### Envenenamiento

Angel estaba muy triste y deprimido las últimas semanas. La soledad le desquiciaba, le impedía la vida. Si hubiera aparecido muerto en su buhardilla, solo, la hipótesis del suicidio no sería rechazable. Era un hombre débil, una víctima, marginado entre y por los marginados. ¿Por qué fue al piso de V.? Seguramente no se sabrá nunca.

Según la autopsia, los dos hombres murieron por un paro cardíaco y respiratorio. El análisis de las vísceras —que aclarará qué productos tomaron antes de fallecer— no se conocía todavía el pasado fin de semana. Todo parece indicar que el paro cardíaco se produjo tras una fuerte colitis seguida de destrucción y descomposición de la flora intestinal. Los restos fecales que abundaban por el piso tendrían ese origen.

¿Una mezcla de barbitúricos y alcohol, como han dicho algunos periódicos? Es posible. También lo es que tomaran alguna comida en mal estado y que la mezcla con alcohol —había restos de botellas y vasos sucios por la casa, cosa extraña, porque Angel era un obseso de la limpieza— fuera mortal.

El hecho de que los cadáveres estuvieran desnudos movió a los ansiosos del sensacionalismo crudo a jugar macabramente con el dato. Tal vez hicieron el amor, tal vez pecaron por última vez en sus vidas, incapaces de reprimir su nefando deseo, incapaces de salir del pozo sin fondo del vicio prohibido. Es igual: los inquisidores se lanzaron sobre su muerte buscando una vez más la ejemplificación, la prueba de que los maricas mueren de malas maneras. Lo que no existía lo inventaron. ■